

Cuatro cajones de manzana
Augusto Godachevich
(nueve obras breves)

- Cuatro cajones de manzana
- Amor con correspondencia
- Todo el mundo sabe algo
- Esto no es talabartería
- Feliz día del amigo
- Loca de Mierda
- Baldes y Balanzas
- Yoga, yoga, yoga

[Las escenas “Cuatro cajones de manzana”, “Amor sin correspondencia” y “Todo el mundo sabe algo”; fueron estrenadas en la obra “Agonías transitadas” en la ciudad de Pergamino, en la sala de Florentino, en el año 2009. Todas las escenas fueron actuadas por Ana Julia Vigo y Augusto Godachevich. La obra fue dirigida por Augusto Godachevich].

[Las escenas “Esto no es talabartería”, “Feliz día del amigo”, “Loca de mierda”, “Baldes y balanzas”, y “Yoga, yoga, yoga”; fueron estrenadas por el grupo de “Formación y Entrenamiento Actoral” coordinado y dirigido por Ana Julia Vigo y Augusto Godachevich, en la ciudad de Pergamino, en la sala de “La Casa de la Cultura”, en el año 2009].

Cuatro cajones de manzana

Raúl

Naiara

(Ella está encerrada, entre cuatro cajones de manzana, los cuales representan una jaula, o algún tipo de encierro. Ella trata de escapar y no puede. Todas las acciones que realiza para escapar están sincronizadas con la música que suena de fondo. Se escucha una grabación con el siguiente recitado o interpretado):

*“Castraciones a los gritos.
Desmembramiento de existencias.
Abortados caminos en círculos.
Represiones enjaulándonos.
Cínicas desapariciones no objetadas.*

*Castraciones a los gritos.
Gritos aislados.
Insípidas soledades.
Soledades tangibles,
soledades reales,
soledades personificando soledades...
personificando soledades, personificando...
una persona que no está sola.
Tan sólo soledades personificando.*

*Castraciones a los gritos.
Gritos de ayuda, porque se van.
Porque siempre corren, y se van.
Porque se escapan de sí mismos.
Porque, si se reconocen soledades,*

*se reconocen absurdo, risa, muerte, final.
Final del vacío que no creímos ser”.*

(Entra Raúl)

*“Y ahora, castrados a los gritos, y solos en silencio,
solo nos resta imaginar...
Imaginar que hay una luz.
Imaginar que algo nos puede pasar...”*

Raúl —(A público): Buenas noches, a todos. Lamento informarles, que este espectáculo, tendrá que ser suspendido. Pedimos disculpas, aunque, los verdaderos responsables de que estén esta noche ustedes aquí, son los actores. Ellos ya estaban al tanto de que, este espacio, ya no puede ser utilizado para ningún tipo de expresión artística.

Naiara —(Sin salir del personaje y desde adentro de la jaula creada con cajones): ¿Y qué tipo de expresión se podrá expresar?

Raúl —Eso a usted no le concierne.

Naiara —Como ciudadana de esta ciudad, tengo mis derechos bien enderezados, como para preguntar lo que sea. Háganos el favor de informarnos. Aproveche la oportunidad de estar, por primera vez, frente a una cantidad de personas a quienes no les ha pagado, o dado alguna clase de chorizo, dentro de un pan felipe; o jugo de uvas mixturado con alcohol, e inserto en una caja de económico cartón. Cuentenós, por favor.

Raúl —¿Qué es lo que quiere saber?

Naiara —Queremos saber quiénes estarán autorizados, a naufragar sobre estas benditas tablas, a partir de ahora.

Raúl —¿Está hablando del escenario?

Naiara —Sí, se podría traducir así, según mi diccionario, “político/ artista, artista/político”.

Raúl —Este escenario se entregará, en comodato, a una afamada secta religiosa.

Naiara —¿Y a qué Dios idolatran estos seres?

Raúl —No estoy al tanto. Creo que son monoteístas.

Naiara —¿Y sobre qué está informado usted? Si es que de algo usted nos puede informar.

Raúl —Sólo sé que se ha hecho un arreglo económico de lo más conveniente para toda la ciudad. Así como en años atrás pudimos abrir nuestro hermoso casino con vista a la plaza de enfrente.

Naiara —¿Así que un arreglo económico de lo más conveniente?

Raúl —Así fue publicado en todos los diarios.

Naiara —Y con la plata abrirán más universidades... ¿no es así?

Raúl —Quizá, quién sabe. Ya veremos qué hacer con la plata.

Lo importante es no perder la oportunidad de poseerla.

Estrategias que usted no entendería.

Naiara —Ojalá que se puedan abrir más universidades. Ese es mi deseo. Con muchas aulas pintadas de todos los colores; llenas de profesores ausentes, que viajan desde muy lejos para nunca llegar; con carreras y materias imposibles de cursar en tiempo y espacio. Universidades hermosamente inútiles. Pero imagínese qué ciudad hermosa sería la nuestra, con más estéticas universidades.

Raúl —Sí, ¿no? Ya veremos. (A público). Bueno, creo haber dado, con lujo de detalles, las explicaciones pertinentes. Ya pueden irse a sus casas. (Ayudando a Nadia agarra un cajón). Buenas noches.

Naiara —¿Qué hace payaso?

Raúl —(Con un cajón en la mano) La ayudo a desarmar.

Naiara —Cierre la puerta de mi celda, por favor ¿No se da cuenta que necesito estar aislada del “todo que es la nada”?

Raúl —¿Qué celda?

Naiara —Vuelva a cerrar la puerta por favor.

Raúl —¿Está hablando del cajón de manzana?... (Lo deja).

Naiara —No es un cajón de manzana. No sea ridículo.

Raúl — (Leyendo el cajón). Sí, aquí lo dice bien claro.

Naiara —Es la puerta de mi celda, yo lo veo así, el público lo ve así, el iluminador lo ve así, así que, por ende, es así. ¿O me va a decir que ya no confía en el voto de la mayoría?

Raúl —No se ofenda, pero si quiere estar enjaulada, porque no se mete en una jaula.

Naiara —No hace falta.

Raúl —¿Ve? Ese es el problema de ustedes, la falta de presupuesto. Así nunca van a poder ofrecer un producto digno a la sociedad. Después lloran, y pretenden que se les dé un espacio, que se les den becas. (Enfatizando con los dedos). ¡Cuatro cajones de manzana! ¿Cómo piensan devolverle algo a la sociedad, después? No tienen nada que ofrecer... ¿Se dan cuenta?

Naiara —Ofrecemos arte.

Raúl —¿Arte? ¿Y eso para qué sirve? ¿Tiene alguna función?

Naiara —El arte nos conecta como seres sensibles. El arte es la actividad, mediante la cual, el ser humano expresa sus ideas, emociones o su visión del mundo.

Raúl —Sinceramente prefiero mirar una película de acción. Es más entretenido.

Naiara —No estoy hablando de entretenimiento.

Raúl —Ah ¿no? ¿De qué está hablando?

Naiara —¿Y qué función cumplen estos muchachos de la secta?

Raúl —(Piensa) No sé, funciones religiosas...

Naiara —Algo deben vender..., para que ustedes hayan podido hacer un arreglo económico de lo más conveniente para nuestra sociedad...

Raúl —No creo que vendan nada en especial.

Naiara —Quizá vendan fe.

Raúl —La fe no se vende.

Naiara —La suerte tampoco y ustedes pusieron un casino.

Raúl —¿Puede salir de esa jaula de una vez?

Naiara —Ah, ya empezó a ver mi celda.

Raúl —Y si estás meta que dale encerrada ahí, y no salís, y eso que haces con las manos como si estuvieras encerrada... yo que sé...

Naiara —¿Comprueba cómo sí cumplimos funciones?

Raúl —¿Qué funciones?

Naiara —Estoy ejercitando su imaginación.

Raúl —Qué útil... ¿Y eso para qué sirve?

Naiara —Puf, para un montón de cosa. Piense qué pasaría, si usted pudiese imaginar, cómo afectarían sus acciones a los demás, antes de ejecutarlas.

Raúl —No le veo el lado positivo a eso. Me paralizaría.

Naiara —Se paralizaría, porque usted sabe que sus acciones, suelen perjudicar a los demás.

Raúl —Soy un político, prefiero que la imaginación siga hibernando tranquila.

Naiara —Usted con su imaginación, haga lo que quiera, pero no decida por la imaginación de los demás.

Raúl —Ya se lo expliqué: “Arreglo económico muy conveniente para todos los ciudadanos”.

Naiara —A ver... ¿Usted quién cree que engrosa los bolsillos de los dueños del casino?

Raúl —No sé, los jugadores. Es un buen precio por divertirse un rato, una salida de sábado, son lindas las maquinitas...

Naiara —¿Y quién cree que va a engrosar los bolsillos de los muchachos de la secta?

Raúl —No sé... ¿Los fieles?

Naiara —(Corrigiéndolo). Los ciudadanos. Los mismos que usted cree beneficiar a viva voz.

Raúl —Pero bueno, convengamos que, los de la secta, presentan un buen espectáculo. Tienen muchas luces, flashes, músicos en vivo..., hasta un pastor maravilloso traído desde Colombia..., y a todo eso, súmele la fe. Y usted acá, con sus cuatro cajones de manzana, no tienen con qué competir...

Naiara —¿Usted quiere que me baje del escenario y la gente se vaya a su casa, no es así?

Raúl —Exactamente. Parece que me he hecho entender muy bien.

Naiara —Muy bien, me voy a bajar con una condición.

Raúl —Nada de condiciones.

Naiara —Es algo muy sencillo. Quiero que hagamos un pequeño ejercicio.

Raúl —¿Por qué tendría que hacerlo?

Naiara —Porque resulta que, mis espectadores, son también sus próximos votantes. ¿No creo que los quiera defraudar? (Raúl los mira con una sonrisa).

Raúl —Yo no pienso defraudar a nadie.

Naiara —Tan sólo le estoy pidiendo un pequeño ejercicio.

Piense que ellos vinieron desde sus casas, se cambiaron, perfumaron, vistieron, y al llegar aquí, se encontraron con que usted les interrumpió el espectáculo.

Raúl —Pero ustedes ya estaban avisados.

Naiara —Es tan sólo un pequeño ejercicio.

Raúl —¿Cuánto duraría?

Naiara —Unos pocos segundos. (Lo mira) Sientesé sobre el escenario. (Lo mira, está un poco sucio) No se preocupe, el

escenario está barrido. Los actores somos gente limpia. (Se sienta). Cierre los ojos.

Raúl —¿Los ojos?

Naiara —Sí. (Él los cierra. Ella le hace una seña a quien está en la cabina para que tire música): Escuche la música. Respire profundamente. Y sólo sienta la música. (Ella de a poco empieza a desarmar su celda, y la vuelve a armar alrededor de él). No piense en nada. Sienta el calor de su cuerpo, sienta su respiración. Lentamente. Respire. Sienta como que está flotando en agua. El agua lo recorre, lo sostiene. Está protegido. Está en la panza de su mamá. Es muy chiquito. Siente su amor. Siente como ella lo acaricia a través de la panza. Siente sus dedos, sus manos... Está feliz, tremendamente feliz. Está muy cómodo.

Puede moverse en el espacio. El líquido tibio lo sostiene. Todo es de color rojo, de color naranja, todo es cálido. (Él empieza a abrir los ojos y observa lo que le dice). Puede sentir las paredes que lo albergan. Puede sentir los latidos del corazón de su madre. Siente que está viva. ¿Cómo se siente estar ahí adentro?

Raúl —Es algo... hermoso.

Naiara —¿Siente el calor? ¿Siente a su mamá protegiéndolo?

Raúl —Sí.

Naiara —Digale algo. Ella lo escucha.

Raúl —Mamá... (No se anima).

Naiara —Digale lo que siempre quiso decirle, y nunca se animó.

Raúl —Mamá, yo no sabía..., perdoname, mamá..., yo sé que querías lo mejor para mí, pero... Te extraño mucho, mamá... (Se quiebra).

Naiara —(Aplauda y se corta la música). Muy bien. ¿Qué le pareció?

Raúl —Maravilloso. (Sigue embelesado).

Naiara —Bueno, ahora sí. Como le prometí, me bajo del escenario. (Agarra un cajón).

Raúl —¡No! ¿Qué hace?

Naiara —Me llevo mis cuatro cajones de manzana.

Raúl —No, por favor. No se los lleve. Necesito quedarme acá.

Naiara —¿Adónde? ¿En el escenario?

Raúl —No, acá. Adentro de mi mamá.

Naiara —Se está confundiendo. Son cuatro cajones de manzanas... (Intentando quitárselo). Aquí bien lo dice. (Él se lo saca de golpe).

Raúl —¡No la toque! Mi mamá es mía.

Naiara —¿Quién?

Raúl —Mi mamá. ¡No la toque!

Naiara —Pero van a venir los muchachos de la secta.

Raúl —¿Qué secta? (dándose cuenta). No, no va a venir nadie. Voy a cancelar todo. (Se pone a marcar en el celular).

Usted siga, siga con su... con su arte.

Naiara —Bueno. (Al público). Les pido que no se retiren.

Parece que el show puede continuar. (Empieza a bajar la luz)

Raúl —(Al celular) Hola, gordo, cancelá todo. Sí, lo del teatro...

No sé, no sé, la concha de tu madre. De algún lado la guita va salir. No, no puedo ir ahora. (Como respondiéndole a la pregunta). ¿Dónde estoy? En lo de mamá gordo, estoy en lo de mamá. (Ríe feliz. Baja la luz).

Amor con correspondencia

Marianela

Alfredo

(Escena de Cine. Hay dos sillas puestas hacia público. En una de las sillas esta Alfredo mirando la película Madagascar dos. Luego entra Marianela y se sienta junto a él).

Marianela —(A Alfredo). Hola. (Ve que no le contesta. Insiste). Hola. (Alfredo la mira desdeñoso, y luego le quita la mirada. Marianela casi ofendida). Te dije “hola”.

Alfredo —(Poniéndose el dedo en la boca). ¡Sh! (Alfredo se congela, pero no Marianela. Podemos verla emitir en voz alta lo que piensa como si el tiempo se parara para que podamos escucharla).

Marianela —*A mí no me vas a hacer callar ¿Quién te creés que sos, pelotudo? Ahora vas a ver.* (Vuelve el tiempo).

Marianela —¿Quién hace la voz de ese personaje?

Alfredo —(Sin mirarla). ¿Eh?

Marianela —¿De ese? ¿Quién hace la voz del león?

Alfredo —Ben Stiller.

Marianela —¿En serio? (Alfredo afirma con la cabeza sutilmente). ¿El de “La familia de mi novia”?

Alfredo —Sí.

Marianela —¿El de “Los excéntricos Tenenbaums”?

Alfredo —Sí, ese.

Marianela —(Saca una lista y lee). ¿El de Loco por Mary? ¿Zoolander? ¿Noche en el museo? ¿Los Fockers? (Se queda esperando respuesta).

Alfredo —¿Vos no te das cuenta que estoy mirando la película?

Marianela —¿Te gusta Ben Stiller?

Alfredo —(Hace como que le da los mismo con los hombros).
Mediocre.

Marianela —(Maravillada). A mí también me parece un actor mediocre. Como que siempre hace lo mismo. Creo que se esfuerza demasiado para ser gracioso. No sé, el talento es algo innato. ¿No?

Alfredo —Si, puede ser.

Marianela —¿Qué actor te gusta?

Alfredo —¿Podrías dejarme mirar la película?

Marianela —(Se calla y se pone a mirar con él durante unos segundos). ¿Quién hace la voz del hipopótamo? (No le contestan). ¿Y de la jirafa?

Alfredo —No sé, no sé... ¿Podés callarte de una vez?

Marianela —(Alfredo congela). *Pero pedazo de hijo de puta. Ignorante de mierda. No sabe nada de nada. No debe saber ni quién es John Malkovich.* (Alfredo descongela).

Marianela —¿Te gusta John Malkovich?

Alfredo —Obvio... A todo el mundo le gusta Jhon Malkovich.

Marianela —(Feliz). Yo lo amo. Exacerba el placer de todos mis sentidos

Alfredo —Mirá que bien.

Marianela —(Lo mira). ¿Te parezco bonita?

Alfredo —(La mira un rato largo). Sí, bastante.

Marianela —¿Muy bonita o bonita?

Alfredo —Yo que sé, bastante bonita.

Marianela —¿Bastante bonita como para qué?

Alfredo —Como para que te calles y me dejes mirar la película.

Marianela —(Alfredo congela). *¿Nada más que "bastante" bonita? ¡Yo soy perfecta, ciego hijo de puta! ¡Puto! ¡A vos no te gustan las mujeres!* (Alfredo descongela)

Marianela —(Silencio) ¿Sos homosexual?

Alfredo —(La mira) No. ¿Por?

Marianela —No sé, es una opción... ¿no? ¿O sos homofóbico?

Alfredo —No, soy normal.

Marianela —¿Qué querés decir? ¿Qué los homosexuales no son normales? Eso es homofobia.

Alfredo —No quise decir nada de eso. Quise decir que soy lo clásico.

Marianela —Heterosexual.

Alfredo —Sí, que me gustan las mujeres, nena. ¡Dejate de joder un poco!

Marianela —Ok, no te molesto más. (Miran la película. Alfredo está inquieto por la pregunta).

Alfredo —¿Por qué preguntas si soy homosexual?

Marianela —(Indiferente sin dejar de mirar la pantalla). No, por nada. (Señalando). Te estás perdiendo una parte importante. Qué bien hechos que están los efectos. Muy bien.

Alfredo —¿Qué tengo de gay?

Marianela —Nada, no sé, se me pasó por la cabeza decir eso...

Alfredo —Por algo se te habrá pasado, decime...

Marianela —... quizá por esto de venir solo a mirar películas animadas..., yo que sé..., es raro.

Alfredo —¿Qué tiene de raro? ¿Qué te molesta? ¿No puedo tener la capacidad para apreciar el arte de la animación computarizada? ¿Eh?

Marianela —Sí, podes tener lo que quieras. Lo que vos quieras...

Alfredo —¿O será que me decís que soy gay porque le doy más importancia a un dibujito animado, que a una pelotuda que se me sienta al lado en el cine?

Marianela —Primero me dijiste que era bastante bonita... ¿y ahora me decís pelotuda?

Alfredo —Es lo que sos.

Marianela —¿Según quién?

Alfredo —Según yo.

Marianela —¿Y vos quien sos para decirme “bastante bonita con tendencia a la pelotudez”?

Alfredo —Soy la persona a quien le estás rompiendo las bolas contundentemente.

Marianela — (Alfredo congela). Nunca en la vida me despreciaron de esta manera. Yo no soy una pelotuda, pedazo de banana embalsamada. Ahora vas a ver. Vas a caer rendido a mis pies. No quería llegar a esto, pero te la buscaste, pedazo de pelotudo. Hijo de mil putas amorfas. Chota rebanada por camicaces japoneses en celo. Cabeza de pija podrida y arrancada por un crustáceo. Esto es una verga envenenada. (Descongela)

Marianela —Perdón, lo que pasa es que... (Sumisa). Yo te amo, Alfonso.

Alfredo —No me llamo Alfonso.

Marianela —¿Cómo te llamas, mi amor?

Alfredo —Me llamo Alfredo.

Marianela —Parecido.

Alfredo —Pero diferente. (Silencio incomodo). ¿Cómo es eso de que me amas?

Marianela —No sé, es algo que no se puede explicar. Tengo como una necesidad de vos, Alfonso.

Alfredo —Me llamo Alfredo.

Marianela —No me importa tu nombre. Si este pochoclo, en vez de llamarse pochoclo, se llamase... (Busca una palabra al azar) ...cronopio, sería igual de blanco y sabroso. ¿No lo crees así amado mío?

Alfredo —¿Cronopio? Eso es un pororó. No entiendo qué querés.

Marianela —Amarte. Algo tan absurdo como amarte. Algo tan disfuncional como amarte...

Alfredo —¿Querés casarte conmigo?

Marianela —(Extrañada). ¿Casarte?

Alfredo —Sí, ya que me amás tanto.

Marianela —No sé, tampoco vayamos tan deprisa.

Alfredo —¿Sabés lavar los platos?

Marianela — (Anonadada). Sí, sé. Pero yo hablo de otra cosa. Hablo de amor.

Alfredo —Sí, sí, yo también... ¿Cuántos hijos querés tener?

Marianela —¿Hijos? (Pensando). No sé... ¿Dos?

Alfredo —Yo quiero cuatro. ¿Te parece bien igual?

Marianela —Me parece un poco mucho... pero podemos ir viendoló sobre la marcha. ¿Te gusta John Malkovich?

Alfredo —Todos los domingos vamos a comer a lo de mamá. Siempre cocina pastas.

Marianela —Bueno... ¿Querés que llevemos merengues?

Alfredo —Buena idea.

Marianela — (Mirando la peli). ¿Quién hacia la voz del León?

Alfredo —Ben Stiller, ya te dije.

Marianela —Sí, me suena. ¿Qué otras películas, hizo?

Alfredo —¿Te gustan los perros? Tengo un mantonegro.

Marianela — (Mirando la pelicula) ¿Quién hace la voz de la cebra?

Alfredo —Ni idea. (Silencio). ¿Te parece que nos besemos?

Marianela —¿Ahora?

Alfredo —Estamos en un cine. ¿Te parece un mal lugar para nuestro primer beso?

Marianela —No, está bien. Pero, creo que tengo... mal aliento...

Alfredo —¿A ver?

Marianela —...y me duelen un poco las cervicales.

Alfredo —¿Sí?

Marianela —... bancame que voy hasta el baño y me cepillo los dientes, y de paso... (No sabe) ... ya vengo... ¿Sí?... ya vengo...

Alfredo —Bueno, te espero... (Se pone a mirar la película, tranquilo).

Todo el mundo sabe algo

Gladis

Eduardo

Gladis —¿Dónde estás Eduardo?

Eduardo —Mirando el partido.

Gladis —¿Quién juega?

Eduardo —¿Qué?

Gladis —¿Que quién juega?

Eduardo —“Boca-Lanus”

Gladis —¿Y cómo van?

Eduardo —Cero a cero.

Gladis —Ah... (Él no le habla. Ella sigue planchando. Está inquieta. Vuelve a sacar un tema). Te juro que no sabía la cantidad de cosas que ignoraba.

Eduardo —¿Eh?

Gladis —Las cosas que ignoraba, no sabía que eran tantas.

Eduardo —¿Qué cosas?

Gladis —No sé, de todo. (Se despacha a hablar). En el cumpleaños de anoche, eran todas mujeres; más solteras y divorciadas que otra cosa. Estaba la ex del doctor Zurita, la del abogado Calgattera, la del contador Perussi... No sabés todo lo que saben esas mujeres. Me sentí tan fuera de todo... ¡Las cosas que saben! ¡Dios mío! ¡Son increíbles!

Eduardo —(Sin dejar de mirar el partido). ¿Qué cosas saben?

Gladis —De todo. Quien está con quien, quien dejo a quien, quien engaña a quien... ¿Podés creerlo?

Eduardo —¿Y cómo saben todo eso?

Gladis —(Indiferente a la fuente). No sé, pero saber, saben.

Eduardo —Pero... ¿Son cosas que después se pueden comprobar?

Gladis — (Sabe que sí). Sí, calculo que sí. No sé, igual no creo que haga falta. Yo les creo. ¿Qué necesidad de mentir van a tener?

Eduardo —No sé, no me gusta que te juntes con esa gente, Gladis.

Gladis —¿Por qué?

Eduardo —No sé, es gente diferente. Yo que sé, no me gusta...

Gladis —Me sentí igual, que esa vez que me metí sin querer en la biblioteca. Tanta información, tantos libros, tantas cosas por saber... Así me sentí. Como si esas pocas mujeres fuesen libros que contienen las cosas más interesantes de la gente de esta ciudad. ¿Querés que te cuente?

Eduardo —Bueno...dale...

Gladis —(Medio en confidencia). ¿Viste la chica de Capelino?

Eduardo —No... ¿Quién es esa?

Gladis —(Está nerviosa). ¡Ay Eduardo!... ¿Así como querés que te cuente?

Eduardo —No la conozco... ¿Qué querés que haga?

Presentamela si querés que la conozca.

Gladis —Es la chica que te atiende cuando vas a la mutual.

Eduardo —¿La caderona?

Gladis —Sí, esa. La de la voz finita.

Eduardo —¿Qué pasa con esa?

Gladis —Parece que la vieron el sábado, completamente borracha, en una fiesta. Y como si con eso fuera poco, estaba tirandolé pedazos de pan a sus amigos. (Haciendo hincapié). Pan.

Eduardo —¿Y?

Gladis —¿Cómo, y? ¿No te das cuenta? Esa chica no tiene moral, Eduardo.

Eduardo —¿Qué estás diciendo Gladis?

Gladis —¿A vos te parece bien que una chica que atiende una mutual pueda emborracharse así?

Eduardo —Yo que sé, que haga lo que quiera.

Gladis —No, señor, porque con esas manos, ella entrega bonos de salud... ¡De salud! Con su salud que haga lo que quiera. Pero que no se meta con la mía.

Eduardo —Pero si a vos no te hace nada, Gladis. ¿Qué decís? Además, todas las pibas se emborrachan ahora...

Gladis —¿Y todas te tiran con pan también?

Eduardo —Yo que sé. ¿Me vas a contar algo interesante o sigo mirando el partido?

Gladis —(Tratando de engancharlo en el diálogo). ¿Sabés de quien me enteré algo? De Carlitos Damián Pérez.

Eduardo —¿Qué Carlitos? ¿El de mi laburo?

Gladis —Ese mismo.

Eduardo —Pero si no hay tipo más tranquilo en toda la ciudad... ¿Qué pudo haber hecho Carlitos?

Gladis —¿Te cuento? (Eduardo afirma). Se acostó con una modelo.

Eduardo —¿Con una modelo?

Gladis —Sí. Así como me oís.

Eduardo —Pero mira si una modelo le va a dar bola a Carlitos.

Gladis —Me lo contaron esas mujeres, anoche. Aunque ni ellas mismas lo podían creer.

Eduardo —¿Entonces para qué lo cuentan?

Gladis —Es que la esposa de Carlitos, se lo contó a una de ellas.

Eduardo —¿Nora?

Gladis —Sí, Nora. Parece que se siente orgullosa.

Eduardo —No es para menos.

Gladis —Y no.

Eduardo —Mirá vos Carlitos. Con esa cara... ¿Quién diría?

Gladis —Sí, quién diría. ¿No?

Eduardo —(Irónico). Mirá las cosas que saben estas mujeres. (Como al pasar). ¿Y de mí no saben nada?

Gladis —De vos sólo tenían anotadas tres cosas.

Eduardo — ¿Tres cosas?

Gladis —Sí. Me dijeron, que hace diez años atrás, antes de conocerme a mí, estuviste con una chica llamada Evangelina.

Eduardo —Eso ya lo sabías, Gladis. Te conté mil veces lo de Evangelina.

Gladis —Sí, ya sé. Lo que nunca me contaste, es que la madre de Evangelina, tenía una mercería.

Eduardo —Sí, es verdad. Tenía una mercería. Ya me había olvidado. ¿Y qué tiene de malo tener una mercería?

Gladis —Lo malo no es la mercería, sino lo que “hizo” en la mercería.

Eduardo —¿Qué hizo en la mercería?

Gladis —Una vez, entró una señora, y le compró cuatro metros de elástico verde. (Enfatizando con los dedos). Cuatro.

Eduardo —¿Y?

Gladis —La señora le pagó y se fue, olvidando llevarse el vuelto (Lo mira incriminatoriamente a Eduardo. Él no dice nada). ¿Vos crees que tu ex suegra fue capaz de correr a la señora para avisarle? (Sin esperar respuesta). ¡No, se lo quedó ella! ¿Qué me decís?

Eduardo —¿Cuánto era el vuelto?

Gladis —Qué importa cuánto era el vuelto. Lo que importa es la acción.

Eduardo —¿Esas pelotudeces tienen anotada?

Gladis —A mí no me parece una pelotudez. ¿A vos te parece una pelotudez quedarse con lo que no es suyo?

Eduardo —Es una pelotudez, Gladis. Dejate de joder

Gladis —Estas mujeres no anotan pelotudeces, Eduardo.

Eduardo —A ver ¿Qué otras cosas tenían anotada?

Gladis —Cuando te agarro la policía.

Eduardo —(Asustado) ¿A mí, la policía?

Gladis —Sí, a vos... Por el asunto con unos globitos.

Eduardo —¿Cuándo me agarraron por tirar globitos de agua en carnaval?

Gladis —Sí.

Eduardo —Ah bueno, pero estas pelotudas no pueden estar más al pedo.

Gladis —No las insultés, Eduardo. Se pueden enterar.

Eduardo —Tenía doce años, Gladis.

Gladis —No importa la edad. Tuviste un problema con la ley y eso es algo digno de anotarse. Es algo muy grave. Uno no entra a la comisaría todos los días, Eduardo.

Eduardo —¡Pero si fue por tirar globitos!

Gladis —Por lo que sea.

Eduardo —Está bien. A ver... ¿Cuál es la tercera cosa que tenían anotada? (Ella no habla). Hablá.

Gladis —No es tan fácil, Eduardo. De esto sí que no hay vuelta atrás.

Eduardo —¿Eh?

Gladis —¡Que no hay vuelta atrás, te digo!

Eduardo —¿Qué es, Gladis? No me hagás poner nervioso al pedo.

Gladis —Me contaron lo de... la chica de quince.

Eduardo —(Blanco). ¿Qué chica?

Gladis —Ya sabés qué chica.

Eduardo —Yo nunca estuve con una chica de quince años. ¿Qué te creés que soy?

Gladis —La de la moto.

Eduardo —(Nervioso). No sé de qué hablarán, Gladis. Yo no conozco ninguna chica de quince años, y ni a ninguna moto. No

sé de qué hablarán... (Saliendo). Me voy a ver cómo sigue el partido, porque no quiero escuchar más boludeces...

Gladis —No hace falta que me lo niegues, Eduardo.

Eduardo —Es que no hay nada que negar, mi amor. No sé de qué hablás, sinceramente.

Gladis —Una de ellas me mostró una foto en donde estás vos escapandoté del accidente.

Eduardo —¿Una foto? ¿Pero se ve que soy yo?

Gladis —Sí, se ve, Eduardo.

Eduardo —Pero eso no es una prueba. Hoy con las computadoras dicen que se puede armar cualquier tipo de fotos, y cosas así... Te lo juro. Lo leí en una revista. Pueden ponerle la cara de Susana Jiménez al cuerpo de Mirtha Legrand, si quieren. Te juro que se puede Gladis.

Gladis —Eduardo. Vos bien sabés que la foto es real.

Eduardo —No, mi amor. Está trucada. (Ella lo mira y él baja la cabeza).

Gladis —¿Vos sabés lo que tienen en el almacén?

Eduardo —¿Qué almacén?

Gladis —Estas mujeres, tienen un almacén con todo tipo de objetos que incriminan a mucha gente de esta ciudad.

Eduardo —¿Eso te dijeron? ¿Qué tienen un almacén? Pero mirá qué organizadas... ¿Y qué tienen que me pueda incriminar?

¿Una huella? ¿Un pedazo de pavimento? ¿Un poco de aceite?

¿El casco de la chica? No, eso seguro que no. Porque casco no tenía. Por eso se partió la cabeza contra el piso. (Se da cuenta de lo que dijo). Porque dicen que casco no tenía. Me dijeron los muchachos..., los del bar..., que si hubiera tenido casco...el cerebro..., no sé..., como que el cerebro se le hubiera quedado adentro..., o algo así..., pero casco, no tenía, mi amor... Te lo juro. (Frena y la mira). ¿Qué tienen esas mujeres que me pueda incriminar, Gladis?

Gladis —Tienen el cadáver. Tienen a la chica, Eduardo, a la de quince. No sé cómo la consiguieron, pero la tienen.

Eduardo —¿Cómo van a tener un cadáver en un almacén,

Gladis? ¿Me estás jodiendo?

Gladis —Lo tienen, yo lo vi. Anoche me llevaron hasta el almacén y me lo mostraron.

Eduardo —¿Te mostraron un cadáver? ¿A vos? ¿Anoche? ¿En un cumpleaños? ¿Y recién me lo decís ahora? ¿Qué te pasa

Gladis?

Gladis —No sé, Eduardo ¿Qué querías que hiciera? Esperaba que todo sea mentira..., pero bueno..., veo que no.

Eduardo —Fue la noche que festejamos con los muchachos el cumpleaños de Leito Martínez.

Gladis —(Pensando). Pero... ¿Cuánto hace de eso?

Eduardo —No sé, seis o siete meses. Estábamos en el bar, enfrente del hospital. Habíamos tomado mucho.

Gladis —¿Vos también?

Eduardo —Sí, Gladis.

Gladis —Pero si vos no tomás, prácticamente.

Eduardo —Ese día sí. Había tomado.

Gladis —¿Mucho?

Eduardo —Sí, bastante.

Gladis —¿Y manejaste borracho?

Eduardo —No estaba borracho. Estaba un poco mareado.

Gladis —¿Adónde la atropellaste?

Eduardo —Cruzando Monroe. Ella tenía el paso. Pero yo no alcance a frenar.

Gladis —Qué horror.

Eduardo —Pero ella no llevaba casco. Dijeron los muchachos del bar que, si tenía el casco puesto, no le pasaba nada ¿Qué voy a hacer Gladis? Si me agarran no salgo nunca más.

Gladis —Estas mujeres están dispuestas a entregarnos el cadáver. Pero quieren algo a cambio.

Eduardo —¿Qué quieren? Lo que sea Gladis... Prefiero vivir en la calle, antes que estar en la cárcel. Perdoname, Gladis. Yo sé que la casa la heredaste de tu familia, que viene de tus abuelos, y tus ancestros, y esas cosas..., pero la vamos a tener que vender... ¿Me entendés? Yo no te puedo dejar sola. ¿Entendés?

Gladis —Escuchame Eduardo. No quieren plata.

Eduardo —¿Qué quieren?

Gladis —Información.

Eduardo —¿Información? ¿Qué piensan que sé yo? Yo no sé nada.

Gladis —Yo les dije lo mismo, y me contestaron: “Todo el mundo sabe algo”.

Eduardo —No entiendo. ¿Algo de qué?

Gladis —Yo tampoco entiendo mucho. Parece que estas mujeres se alimentan de información... Es como si vivieran de la vida de los demás.

Eduardo —¿De la vida de los demás?

Gladis —Sí, no sé. Es lo único que puedo llegar a entender.

Eduardo —Pero... ¿qué podemos contar nosotros de los demás? ¿Quiénes son los demás? ¿Alguien en especial?

Gladis —Para estas mujeres, todos somos especiales. Necesitan que les contemos cosas de cualquier persona que conozcamos: amigos, compañeros de trabajo, familia...

Eduardo —¿Cómo voy a contar cosas de mi familia?

Gladis —Sí, Eduardo. Más que nada les interesan cosas de la familia de uno. Porque dicen que, al estar más cerca de los familiares, se tienen más detalles.

Eduardo —Está bien. Pero no pienso contar ninguna desgracia.

Gladis —Eduardo. Eso es lo que más les interesa... ¿No entendés todavía? (Silencio). Por eso me invitaron a ese

cumpleaños anoche. Tenían todo pensado. ¿Te das cuenta? Es como una estrategia para conseguir más información.

Eduardo —(Como repitiendo) Mis desgracias familiares...

¿Cómo puede ser que les interesen mis desgracias familiares?

Gladis —Ya te expliqué, Eduardo. Es gente que vive de los demás. A nosotros eso no nos tiene que importar. Solamente tenemos que conseguir ese cadáver, enterrarlo, y seguir viviendo tranquilos. ¿Entendés?

Eduardo —Sí, Gladis. Está bien.

Gladis —Les dije que íbamos a ir la nohecita con toda la información. (Eduardo afirma). Me dijeron que llevemos un... (Hace memoria) ...ayuda memoria. Que anotemos en una hoja, por lo menos, las principales desgracias de la gente que nos rodea, para después desarrollar los temas con ellas.

Eduardo —(Superado). Está bien. (Se levanta a buscar una hoja y lapicera).

Gladis —Yo ya estuve anotando algunas. (Saca una hoja del camión). Más que nada, las de mi familia: (Leyendo) Las infidelidades de papá, cuando se le fundió la rotisería a mi hermano... También anoté cuando se quebró la cadera mamá..., no sé..., espero que todas estas cosas les interesen.

Eduardo —(Entrando con una hoja. Se sienta a anotar.) Por lo que me contás, les tiene que interesar. A ver... ¿El cáncer de mamá?

Gladis —Eso me dijeron que ya lo sabían. Pero precisaban detalles sobre la agonía de los últimos días.

Eduardo —Bueno..., (Anota)...agonía de los últimos días...

(Piensa)... ¿Qué mi hermano es homosexual, les importará?

Gladis —Obviamente. Anotalo, anotalo... (Se acerca y le da la hoja de ella). Tomá, pasá lo que yo anote así queda todo en la misma hoja.

Eduardo —Bueno... (Sigue anotando). También voy a anotar cuando me atropellaron al perro.

Gladis —Sí, Pobre Fifu.

Eduardo —(No se le ocurre más nada. La mira a Gladis. Ella le baja la mirada). Mi amor... (Ella no contesta) ...no te lo quise decir para que no te preocuparas... ¿Entendés? Ella no llevaba casco. En todos lados hay carteles, que dicen que hay que ponerse el casco..., hasta te cobran no sé cuánta guita por no tener el casco puesto. Gladis, entendeme. Es culpa de ella. Dicen los muchachos que no se hubiese hecho nada si tenía el casco..., los del bar..., que el cerebro no se le hubiese... (Se interrumpe). Yo no sé por qué a la gente le cuesta tanto entender algunas cosas. Es por su propio bien, che. Y esta piba..., yo sé que ella tenía el paso..., pero... ¿A vos te parece? ¿Venir a cagarle la vida así, a un tipo como yo? Si no le hago mal a nadie. Vos me entendés, Gladis... ¿no?

Gladis —Sí, mi amor. Sí que te entiendo. Terminemos la lista.

Eduardo —(Va hacia la lista). ¿Les interesará cuantas materias me llevé en quinto año?

Gladis —Sí, no sé, vos por si acaso, anotá. Mejor que sobre y no que falte.

Eduardo —Sí. Que queden bien satisfechas.

Esto no es talabartería

Abril

Bea

Abril —(Está ensayando sola en la casa. recita):

Castraciones a los gritos.

Gritos aislados.

Insípidas soledades.

Soledades tangibles,

soledades reales,

(Entra Bea en la oscuridad)

soledades personificando soledades...

personificando soledades, personificando...

una persona que no está sola.

Tan sólo soledades personificando.

Bea — (Interrumpiéndola) ¿Seguís ensayando?

Abril —(Sigue:)

Castraciones a los gritos.

Gritos de ayuda, porque se van.

Porque siempre corren, y se van.

Porque se escapan de sí mismos.

Porque, si se reconocen soledades,

se reconocen absurdo, risa, muerte, final.

Final del vacío que no creímos ser”.

Bea —(Se acomoda en algún lugar de la pieza) ¿Listo?
Abril —Bea, no me interrumpas más así.
Bea —Si ya te lo sabés, dejate de joder.
Abril —No pasa por saberseló nada más. Estoy encontrando nuevos matices.
Bea —Mirá que bien.
Abril —¿Quién te abrió?
Bea —Tu mamá.
Abril —¿Le dije que necesitaba estar sola?
Bea —No me dijo nada.
Abril —La puta madre...
Bea —Si querés, me voy.
Abril —Ahora ya está.
Bea —Estás terrible... ¿Qué te pasa?
Abril —Estaba haciendo un experimento emocional.
Bea —¿Sí? ¿De qué se trata?
Abril —Estuve sola, encerrada acá desde ayer a la mañana.
Bea —¿En serio?
Abril —Sí. ¿No te dijo nada mi mamá?
Bea —No. Me dijo que estabas ensayando nada más.
Abril —¿Qué hora es?
Bea —Las cinco.
Abril —Bueno, estuve bastante.
Bea —¿Y para qué te encerraste?
Abril —Para sentir la soledad. Hay una parte del texto que ayer no podía sentir del todo viva...
Bea —¿Qué parte?
Abril — (Se concentra y vuelve a recitar)

*Soledades tangibles,
soledades reales,
soledades personificando soledades...*

*personificando soledades, personificando...
una persona que no está sola.*

Abril —¿Se siente la soledad?

Bea — (No sabe que decir.) Sí..., sí..., se siente bastante.

Abril —¿Viste? Es por eso. Me senté ahí... (Señalando un rincón de la pieza) ...durante toda la noche, tratando de sentir lo que es estar solo. Estuve pensando lo que era existir y dejar de existir.

Bea —Qué bien.

Abril —¿Y vos? ¿Cómo venís con la composición de tu personaje?

Bea —Bien. Ya lo tengo.

Abril —¿A ver? Mostrameló.

Bea —¿Al personaje?

Abril —Sí, Bea. Mostrameló, dale.

Bea —Espera que busque el vestuario.

Abril —No, no, así nomás.

Bea —No puedo, así nomás. Necesito el vestuario.

Abril —Entonces el personaje no está.

Bea —Sí, está. Te digo que está.

Abril —¿Dónde está? ¿En el vestuario?

Bea —No sé dónde está, pero estar está.

Abril —Hoy voy a hablar con el director antes de la función, le voy a tener que contar.

Bea —¿Qué le vas a contar?

Abril —Que no tenés al personaje.

Bea —¿Y a vos qué te importa si tengo el personaje o no?

Abril —Vas a formar parte de la misma obra que yo. Si algo sale mal, cagás la obra.

Bea —No es un problema tuyo.

Abril —Prefiero que hoy no vayas. ¿Puede ser? Yo le digo al director que tuviste un... accidente.

Bea —Voy a ir, te guste o no, y voy a hacer la función.

Abril —No te lo puedo permitir, Bea. Estuve demasiado tiempo ensayando, como para que cagues la obra con tu irresponsabilidad.

Bea —Es tu punto de vista.

Abril —Te voy a dar una última oportunidad. Mustrame tu personaje.

Bea —Dejate de joder.

Abril —¡Mostrameló Bea!

Bea — (Empieza a decir el texto):

Como ciudadana de esta ciudad, tengo mis derechos bien enderezados, como para preguntar lo que sea. Háganos el favor de informarnos. Aproveche la oportunidad de estar, por última vez...

Abril —No, está mal. No es “por última vez”, es “por primera vez”

Bea —¿Estás segura?

Abril —Sí. Sé el texto de toda la obra.

Bea —Bueno... (Intenta seguir)

Aproveche la oportunidad de estar, por primera vez, frente a una cantidad de personas a quienes no les ha pagado, o dado alguna clase de salchicha...

Abril —(Remarcando el error) “a quienes no les ha pagado, o dado alguna clase de chorizo...” (Enojada) No sabés ni siquiera bien el texto.

Bea —Es lo mismo.

Abril —No, no es lo mismo. Es una crítica a las marchas políticas en donde pagan con choripanes. No pagan con panchos.

Bea —Es que me ponés nerviosa.

Abril —Y cuando esté toda la gente ahí sentada, mirandoté... ¿qué vas a hacer?

Bea —Ya veré.

Abril —Sos una vergüenza. Y aparte la que está diciendo el texto sos vos. No tenés el personaje, ni en pedo.

Bea —Te dije que me falta el vestuario

Abril —Si yo fuese el director te cago a trompadas.

Bea —Basta, Abril, basta. Me hartaste.

Abril —Desde chiquita que nos conocemos... ¿Porque no estudiaste cerámica o pintura? No, tuviste que estudiar actuación.

Bea —Es que me gusta actuar.

Abril —¡Actúa, entonces! ¿Sabés lo que te gusta a vos? Subirte al escenario, y que te aplaudan por cualquier pelotudez que digas. Vos no entendés un carajo de arte.

Bea —Yo hago lo que puedo.

Abril —Entonces podés muy poco. Sacrificate, nena, esto es teatro, no talabartería. Acá hay que poner el alma. (Respira. Ve que Bea ya no dice nada). Vení, Bea, sentate acá.

Bea —¿Para qué?

Abril —¿Cuánto tiempo tenemos antes de la función?

Bea —Dos horas.

Abril —Bueno, vení, sentate. Sos mi amiga. Te voy a ayudar con el texto.

Bea —¿Te parece?

Abril —Dale, Bea, tenemos poco tiempo. Sentate acá, y empezá a largar el texto. Vamos a hacer que el personaje aparezca. (Bea se sienta desconfiada). Empezá, dale.

Bea —

Como ciudadana de esta ciudad, tengo mis derechos bien enderezados, como para preguntar lo que sea.

Abril — Bien, pero decilo más pausado. Empezá de vuelta, y decilo más pausado. Voy a poner la pava para tomar unos mates mientras ensayamos. ¿ok?

Bea — Ok. (Empieza de vuelta más pausado. Abril sale)

Como ciudadana de esta ciudad, tengo mis derechos bien enderezados, como para preguntar lo que sea. Háganos el favor de informarnos. Aproveche la oportunidad de estar, por última vez...

(comienza a desconfiar)

Háganos el favor de informarnos. Aproveche la oportunidad de estar, por última vez...

... (Se para y va a ver porque su amiga tarda tanto. Se da cuenta que la dejó encerrada con llave. Comienza a gritar) ¡Abril!
¡Abril! ¡Abrime Abril! (Sube la música).

Feliz día del amigo

Carolina
Enrique (Quique)

(Quique está esperando en un bar. Ella llega).

Carolina —¡Ey! ¿Qué hacés, Quique? Feliz día.

Quique —(Está tenso). Feliz día, Caro.

Carolina —Disculpá la demora, estaba en el gimnasio, y se me re pasó.

Quique —Todo bien, no tenía nada que hacer. ¿Querés tomar algo?

Carolina —No, está bien.

Quique —Tomá. (Ella ve que él está nervioso. Él le da un paquete).

Carolina —¿Para mí? Ay, qué tierno. Gracias. (Abre el paquete).

Quique —Feliz día.

Carolina —(Termina de abrirlo y ve que es otro osito, como cada año. No lo puede creer). ¿Otro osito? Qué lindo.

Quique —¿Te gusta?

Carolina —Sí, me encanta.

Quique —Qué bueno que te gustó. Estaba entre ese osito y... un juego de lencería.

Carolina —(Lo toma como chiste). ¡Ay sonso! Yo tengo tu regalo en casa. ¿Vamos, y de paso hacemos unos mates? (Le llega un mensaje al celular. Lo saca de su cartera y se pone revisarlo mientras sigue hablando a medias con Quique).

Quique —No, no. Pará... Esperá un cachito.

Carolina —¿Qué pasa? ¿Tenés que pasar por lo de Cintia?

Quique —No, no.

Carolina —Decime la verdad, mirá que no me enojo.

Quique —No. Cortamos con Cintia.

Carolina —(Ella ríe sin escucharlo por un mensaje que le mandaron). ¿Qué?

Quique —Que cortamos con Cintia.

Carolina —No lo puedo creer. ¿En serio? ¿Qué paso?

Quique —No sé. No estoy muy seguro.

Carolina —Quizá tenían que tomarse un tiempo. Esas cosas siempre pasan en las relaciones..., no sé... Bueno, a mí no me pasa. Pero veo que a la gente..., no sé... ¿Se entiende?

Quique —Sí, no sé, quizá nos teníamos que tomar un tiempo.

Carolina —Igual nunca me gustó para vos..., ya lo sabés...

Quique —Sí, ya sé...

Carolina —Bueno, ya se va a arreglar. ¿Vamos?

Quique —Esperá un cachito...

Carolina —¿Qué pasa Quique..., estás muy raro... (Silencio)

¿Es solamente por lo de Cintia que estás así, o hay algo más? (Él no contesta. Ella intuye). ¿Es conmigo el problema?

Quique —Algo así.

Carolina —(Sorprendida). Ah... es conmigo...

Quique —(Decidido a hablar). ¿Te puedo... pedir un favor?

Carolina —Lo que quieras..., y más hoy que es nuestro día ¿O no?

Quique —Ese es el problema.

Carolina —¿Cuál? ¿El día?

Quique —No. Nuestra... amistad.

Carolina —¿Qué pasa con nuestra amistad?

Quique —(Intenta comenzar a explicarse). A ver...

Carolina —(Pensando). Ya sé, fue por lo que dijo Pedro el otro día. Es un desubicado. Ya lo conocés. Cuando llegamos a casa lo cagué a pedos.

Quique —No, no es eso.

Carolina —(Sin escucharlo). Pero él no lo hace de mala persona. Lo que pasa es que tiene menos sensibilidad que un chancho. Pero no lo hace para lastimarte..., es así..., pero tiene sus cosas buenas..., por algo está conmigo.

Quique —No, no fue por eso. Es otra cosa.

Carolina —¿Qué cosa?

Quique —Es tu... (No sabe que decir) ...ropa.

Carolina —¿Mi ropa? (Se mira la ropa). ¿Cómo mi ropa? ¿Qué tiene mi ropa?

Quique —Bah, no la ropa en sí...

Carolina —¿Entonces?

Quique —Pasa que cuando te vestís así..., me haces poner un poco... (Busca la palabra) ...nervioso.

Carolina —¿Nervioso? ¿Te pongo nervioso?

Quique —Sí, entendeme. Vamos a tu casa, Pedro no está, y vos así vestida... me dan ganas de...

Carolina —¿De?

Quique —...de dejar de ser... tu amigo, aunque sea por un rato.

Carolina —O sea, que vestida así... te... excito (Quique enarca las cejas afirmando). Pero nosotros somos amigo, Quique... Vos tendrías... que... No sé qué decirte. ¿Y la amistad entre el hombre y la mujer? (Quique levanta los hombros).

Carolina —Pero... (Se siente halagada) ...porque nunca me dijiste...

Quique —Es que no quería... Yo trato de no mirarte, Caro, te juro que trato..., me digo: es tu amiga, es tu amiga..., pero es más fuerte que yo. Sos tan... (Mirándola. Se inhibe).

Carolina — (Esperando) ¿Tan qué...

Quique —No sé. ¿Qué querés que te diga? Ya sé que sos mi amiga. (Buscando una solución). ¿Y si solo te ponés algo más... (Haciendo el gesto) ...cerradito?

Carolina —Pero, no tengo otra ropa.

Quique —(Desesperado.) Ya sé, Caro... Me sé de memoria tu guardarropa... Pero como favor, te lo pido... en serio... por favor.

Carolina —Pero... ¿es para tanto? ¡Qué exagerado!

Quique —(Explota). ¡Sí, es para tanto! Estoy todo el día pensando en tus... (Señala sus senos.) En el laburo, en el subte, en el colectivo. Mi diario íntimo es una infinita enumeración de cómo te desnudaría.

Carolina —¿Tenés diario íntimo?

Quique —(Evitando la pregunta). Te juro que no doy más.

Carolina —Bueno, Quique...

Quique —¿Sabés porque salía con Cintia?

Carolina —No sé. ¿Por qué es simpática?

Quique —No. Salía con ella porque la veía parecida a vos.

Carolina —Sí, es verdad, tiene un aire. Las cejas... ¿No?

Quique —¿Sabés la cantidad de veces que le dije Carolina, cuando estábamos justo en el mejor momento?

Carolina —¿Sí? Me siento... halagada.

Quique —Ella no se sentía muy halagada.

Carolina —Pobre Cintia...

Quique —Me aguantó hasta que no pudo más.

Carolina —(Pensando). Y... No sé... ¿Nunca pensaste en hacer alguna... manualidad?

Quique —¿Me estás jodiendo? ¿Te crees que no lo intenté? Me la paso todo el día intentandoló. ¡Hasta en el laburo!

Carolina —¿En el laburo?

Quique —En el baño del laburo.

Carolina —Ah...

Quique —Pero cuando termino... (La comienza a mirar a ella) ...es como si nada. Ahí siguen tus labios llamándome. Ahí sigue tu cuerpo desnudo paseandose por mi cerebro. ¡Ayúdame, por favor! ¡No puedo más! (Intenta besarla. Ella se aleja). Perdón.

Carolina —Está bien. (Se siente confundida. Silencio). Ya fue, Quique. Si querés... (Tímida y seductora) ...lo hacemos.

Quique —(Paralizado) ¿Eh?

Carolina —Que si querés lo hacemos. (Ve que no responde).
¿Qué? ¿No querés?

Quique —¿Cómo no voy a querer? Es todo lo que quiero hacer desde que te conozco. (Reprimiéndose). Pero, Caro..., vos... (Buscando la frase). ¿Y Pedro?

Carolina —¿Qué tiene que ver Pedro? Nosotros somos amigos, Quique, y los amigos están para ayudarse. ¿O no?

Quique —Sí, pero...

Carolina —Si la única manera de ayudarte que tengo es dándote sexo, lo hacemos, y listo. Vos sabés que haría cualquier cosa por vos.

Quique —No, Caro, eso no.

Carolina —¿Por qué? Mira que yo estoy dispuesta.

Quique —No, Caro, no. ¿Después como lo miro a la cara a Pedro?

Carolina —Y no lo mires. (Despectiva) Total...

Quique —No, Caro, no.

Carolina —¿Seguro? (Silencio). ¿Estás seguro?

Quique —(Silencio). No. Que voy a estar seguro.

Carolina —Dale, Quique... ¿Para qué están los amigos? No seas pavote. Vení, vamos a hacerlo. Parece que es la única manera de que se te pase. (Lo levanta). Vamos a casa.

Quique —¿Y después?

Carolina —Y después vemos que pasa. (Él dice que sí con la cabeza). Quién sabe... Quizá para el próximo 20 de Julio me regalas la lencería. ¿Qué te parece?

Quique —Está bien.

Carolina —Feliz día

Quique —Feliz día. (Ella le da un piquito. Apagón).

Intermedio

Carmen

Romina

(Están Carmen y Romina sentadas en dos sillas)

Carmen —¿Para qué estamos sentadas acá?

Romina —¿Otra vez?

Carmen —Es que no entiendo.

Romina —Ya te explicaron mil veces.

Carmen —Ya sé.

Romina —¿Qué es lo que no entendés?

Carmen —No es que no entienda...

Romina —¿Y entonces?

Carmen —Es que yo hubiese preferido, no sé..., otra cosa.

Romina —¿Otro personaje?

Carmen —Sí, no sé..., hacer otra cosa.

Romina —Y bueno, convengamos que fuimos las últimas en empezar el taller...

Carmen —Eso no tiene nada que ver. Yo pagué, como todas.

Romina —Pero bueno..., es lo que hay. ¿Preferirías no hacer nada?

Carmen —No, no digo eso. ¿Sabés qué papel me hubiese gustado hacer?

Romina —¿Cuál?

Carmen —El de Casandra

Romina —¿El de la loca de mierda?

Carmen —Sí, ese.

Romina —Bueno, pero ése le tocó a María.

Carmen —¿Y qué hizo Victoria para merecerlo?

Romina —Y, no sé..., viene al taller desde el comienzo.

Carmen —Eso no alcanza para merecer un papel.
Romina —Parece que sí.
Carmen —¡La odio!
Romina —¿A Victoria? (Carmen afirma). ¿Y qué te hizo a vos?
Carmen —No sé..., pero ese papel lo quería yo.
Romina —Pero eso no lo decidió ella.
Carmen —Eso es lo que vos creés.
Romina —¿Vos decís que Victoria le pidió ese papel al director?
Carmen —Seguro.
Romina —No creo. Acordate, que el día que el director trajo las obras, estábamos todos. Y nadie había leído ninguna escena todavía.
Carmen —Eso es lo que te hicieron creer.
Romina —Eso es lo que pasó.
Carmen —¡Es un hijo de puta!
Romina —¿El profesor?
Carmen —Sí. Y lo peor es que yo le pagué.
Romina —Pará un cachito, nena ¿Qué te pasa?
Carmen —¡Ya te dije, pendeja! ¿Sos sorda?
Romina —¿Por qué me tratás así?
Carmen —¡Yo quería ese papel!
Romina —Bueno, ya está.
Carmen —¡La mierda, ya está! Yo le voy a decir que me devuelva peso tras peso. A mí no me van a parar como una boluda a decir pelotudeces.
Romina —Es el intermedio.
Carmen —¡Qué me importa que sea el intermedio! Es un forro. Voy a afichar toda la ciudad, para que nunca más se anoten alumnos, en su taller de mierda.
Carmen —Estás loca. ¿Quién te creés que sos?
Romina —¡Los odio a todos!

Carmen —¿A mí también?

Romina —Sí, a vos te odio en quinto lugar.

Carmen — (No puede creer el comentario). ¿Y a quién odiás en cuarto lugar?

Romina — A Lucas.

Carmen —¿En tercer lugar?

Romina —Al de barbita.

Carmen —¿Quién? ¿Víctor Manuel?

Romina —Sí, ese. El que usa dos nombres.

Carmen —¿Y en octavo lugar?

Romina —A Rodríguez, es obvio. ¡Es un idiota!

Carmen —Callate, estúpida. ¡Pueden estar los familiares acá!

Romina —Qué me importa. Mi mamá también vino. Y, sin embargo, tiene que comerse que su hija esté haciendo el intermedio, con otra forra.

Carmen —¿La otra forra soy yo?

Romina —¿Qué te parece, pelotuda?

Carmen —(Agarrándola de los pelos). Ya me hinche las bolas de tu agresión, pendeja.

Romina —Soltame, nena.

Carmen —Te voy a soltar, cuando dejes de odiar a la gente porque no te dieron un papel de mierda.

Romina —No voy a dejar de odiar a la gente así no más. (Se suelta). Son años de acumular resentimiento. No se me va a ir el odio así porque sí.

Carmen —Salí del escenario, Romina.

Romina —¿Por qué?

Carmen —Porque ya está. Ya terminó el intermedio.

Romina —¿Y a mí que me importa? ¿Te crees que soy descartable?

Carmen —Salí de una vez, que tiene que seguir la otra obra.

Romina —¡Te odio, Carmen! ¡Los odio a todos!

Carmen —Vos estás muy mal, Romina. (Sacándola a empujones). Dale, salí del escenario.

Romina —Yo quería ese papel. (Gritando el apellido del director): Godachevich, la concha de tu madre. (Salen).

Loca de mierda

Helena
Casandra

(La escena arranca justo al final de una anécdota que Helena le está contando a Casandra. Ambas están sentadas a la mesa tomando mates. Hay una escoba apoyada contra la mesa y un trapo con un líquido limpiador de muebles).

Helena —(Va bajando la música) ...y fue así..., hasta que un día, me puse a ordenar la casa, y volví a salir a la calle.

Casandra —¡No lo puedo creer! (En un brote de cólera. Indignada). ¡Loca! ¡Sos una loca de mierda! ¡Andate de mi casa! ¡Me tenés harta!

Helena —¿Qué te pasa?

Casandra —Si sos una loca... ¿No me lo vas a negar?

Helena —No sé. Yo no sé si estoy loca.

Casandra —Yo sí sé que estás loca. Y sé que yo no lo estoy, así que te puedo decir que vos “estás loca”.

Helena —¿Por qué me decís eso?

Casandra —No te importa. Andate de mi casa.

Helena —No me voy a ir hasta que me expliques.

Casandra —¿Querés que llame a la policía?

Helena —¿Qué?

Casandra —Mirá que la llamo.

Helena —¿Y qué le vas a decir a la policía? ¿Qué estoy loca?

Casandra —Claro. ¿Qué querés que le diga?

Helena —Dios mío. (Parándose). Está bien, me voy.

Casandra —¿Adónde te vas?

Helena —¿No querías que me vaya?

Casandra —Sí, andate. Pero decime adónde te vas.

Helena —No te importa.

Casandra —Acá la única que sabe lo que me importa soy yo. Falta que ahora venga una loca a decirme lo que a mí me importa. Decime adónde vas.

Helena —No sé adónde voy.

Casandra —Y claro... Cómo vas a saber adónde vas si estás loca. ¡Loca de mierda! Y yo que te escuché mil veces... Cuántas veces te puse la oreja a todas tus pelotudeces... Hasta te dejé cebarme mates... Pero basta, me cansé. Andate a tu casa, haceme el favor.

Helena —Era lo que iba a hacer.

Casandra —Si me dijiste que no sabías adónde ibas. ¿No ves que estás demente?

Helena —¿Me explicás porque te ponés así?

Casandra —¿Todavía te tengo que dar explicaciones, pelotuda de mierda?

Helena —¿Soy loca o pelotuda?

Casandra —¡Las dos!

Helena —¿Me vas a explicar o no?

Casandra —Sentate ahí. Pero ni se te ocurra cebarme un sólo mate. ¿Entendiste? (Helena la mira estupefacta). ¿Entendiste? (Helena afirma). Mejor así. (Casandra mira a Helena sentada mirando para abajo). ¿Ves? Así parecés normal. ¿Tanto te cuesta ser normal? ¿Por qué no aprendés de nosotros? ¿Por qué no te buscas un tipo que te haga feliz, y te dejás de joder?

Helena —¿Cómo el tuyo?

Casandra —Claro, como el mío.

Helena —No se te ve muy feliz a vos.

Casandra —Es que me haces enojar, con todo esto de tu locura.

Helena —¿Si no estuvieras enojada, estarías feliz?

Casandra —Claro, estúpida, yo soy una mujer feliz. Es obvio. (Helena no la mira). ¿Qué? ¿Me vas a decir que no se nota? (No le contesta. Gritando). ¡Decime si se nota o no, carajo!

Helena —¿Qué querés que te conteste?

Casandra —No me contestés nada. Total, sos una loca de mierda. Tu opinión no vale nada. (Silencio. Casandra comienza a inquietarse). No te voy a negar que tenemos nuestras discusiones. Todas las parejas las tienen. Es lo más normal del mundo. No tiene nada de malo discutir un poco. Es la única manera de ponerse de acuerdo, a veces.

Helena —¿Y ahora porqué discutieron?

Casandra —¿Cuándo?

Helena —Anoche. Me contó tu vieja.

Casandra —Y eso que le dije que no diga nada... (Silencio). No fue nada grave. Es que yo empecé a joder de vuelta con eso, de que está llegando a cualquier hora todas las noches, y se enojó.

Helena —¿Mucho?

Casandra —Lo que pasa es que yo no sé cuándo callarme. Para colmo Miguelito estaba escuchando, y él se pone mal... Viste como son los chicos.

Helena —¿Te pegó?

Casandra —Un poco... en la espalda. (Silencio) Es que yo no sé cuándo callarme. Son cosas que heredé de mi vieja. Soy jetona.

Helena —Pero... ¿qué le dijiste?

Casandra —Lo de siempre. Que un día me voy a ir, que lo voy a dejar, y me voy a llevar a su hijo, y esas cosas...

Helena —¿Y vos lo decís en serio?

Casandra —No. ¿Cómo lo voy a decir en serio?

Helena —¿Nunca pensaste en dejarlo?

Casandra —No. Él me necesita. Es el padre de mi hijo.

(Reacciona fríamente a las preguntas). ¿Qué me estás diciendo?

¿Vos te escuchás? ¿No ves que siempre salís con alguna estupidez?

Helena —Está bien. No me hagas caso.

Cassandra —Claro que no te voy a hacer caso, ridícula. Yo sé muy bien quién sos. (Ve que ella se está por cebar un mate).

¡Dejá ese mate ahí!

Helena —¿Dónde está Miguelito?

Cassandra —En catequesis.

Helena —No sabía que estaba yendo.

Cassandra —Y si nunca sabés nada de los demás. Siempre estás metida en tu mundo imaginario. Con tus pinturas, tus cuadros y todas esas pelotudeces de diferentes colores. Así estás.

Helena —¿Cómo estoy?

Cassandra —Loca, más loca que la mierda. Tres meses llorando por un tipo. Tres meses. Y para colmo lo dejaste vos. Eso es de loca, lo sabés muy bien. ¿Me querés decir porque lo dejaste si sabías que ibas a llorar tres meses, después?

Helena —No pensé en eso.

Cassandra —¿Y en qué pensaste, pelotuda?

Helena —No sé... en que ya no lo amaba...

Cassandra —(Burlándose). “Ya no lo amaba”. ¿Por qué no salís a correr en bolas por la avenida, con una corona de flores en la cabeza?

Helena —Bueno, me parece buena idea.

Cassandra —Y claro, si sos una loca. ¿Me hacés un grandísimo favor?

Helena —¿Qué?

Cassandra —Andate de mi casa, y no vuelvas nunca más. Si te quiero volver a ver, te llamo. ¿Te parece bien?

Helena —Sí, me parece perfecto.

Cassandra —Mejor. Por fin un poco de cordura.

Helena —Dejale besos a Miguelito.

Cassandra —No le pienso dejar nada. Lo que menos quiero, es que mi hijo, tenga contacto con una loca como vos. Tratá de no acercarte a él, por favor. No me hagás hablar con Walter.

Helena —¿Qué va a hacer? ¿Me va a pegar?

Cassandra —Si hace falta... Espero que no lo hagás llegar a eso.

Helena —No te preocupes. No pienso acercarme a tu hijo.

Cassandra —Mejor así. Ahora, andate de una vez, que todavía no termine de barrer, y va a llegar Miguelito de catequesis.

Helena —Chau, Casandra, y gracias por escucharme...

Cassandra —Andate de una vez, antes que me arrepienta, y llame a la policía. (Helena sale. Casandra va y se ceba un mate. Es un asco). ¡Qué asco! ¡La puta que te parió! (Gritando por donde salió Helena). ¡Loca de mierda! (Empieza a subir la música).
¡Dejaste que se lave la yerba! ¿¡No ves que sos una loca!?
¡Loca!

Baldes y balanzas

Agostina
Guillermina

(Están Agostina y Guillermina de espaldas al público. Cada una sentada en una silla con un balde delante. Están vomitando. Hay música de fondo. Guillermina se levanta de la silla. Toma un repasador y se seca la boca. Va hasta la balanza que se encuentra en proscenio y se sube a la misma. Se queda mirando el número que marca. Mientras tanto, Agostina, se levanta, y también se seca la boca con su propio repasador. Saca del bolsillo un centímetro de costurera y le mide la cintura a Guillermina. Guillermina no acusa el contacto de su compañera. Solo se limita a preguntar).

Guillermina —¿Cuánto?

Agostina —(Mirando el centímetro) 65.

Guillermina — (El número le parece alto. Fastidiada) No baje nada.

Agostina —Dos centímetros.

Guillermina —No alcanza.

Agostina —Ya vas a llegar. Dejame usar la balanza.

(Guillermina se baja y sube Agostina. Ambas miran el número).

Guillermina —48.

Agostina —Antes del vomito pesaba 50.

Guillermina —No puede ser.

Agostina —Te juro que sí. Me pesé antes de vomitar.

Guillermina —¿Cómo vas a vomitar dos kilos de comida?

Agostina —No sé.

Guillermina —(Yendo hacia la heladerita). ¿Cuántas horas faltan?

Agostina —(Mirando el reloj). Cinco.

Guillermina —(Saca dos pedazos de chocolate). Bueno, vení, comé, tenemos que vomitar una vez más.

Agostina —(Se baja de la balanza, y va a buscar el pedazo de chocolate). Dame. (Se ponen a comer sentadas en el piso. Usan la heladerita de mesa. Devoran el chocolate). ¿Cuánto chocolate queda?

Guillermina —Poco. Dejalo para después.

Agostina —Quiero más.

Guillermina —No, Agostina. Tenemos que administrarnos bien.

Agostina —Pero tengo hambre.

Guillermina —Ya sé, yo también tengo hambre. Pero si queremos entrar al programa, tenemos que aguantar.

Agostina —Me siento un poco mal.

Guillermina —Aguantá, es por la falta de comida.

Agostina —(Sin mirarla). Ya no sé si quiero entrar.

Guillermina —¿Qué estás diciendo?

Agostina —No sé. Estoy mareada.

Guillermina —Después de todo el sacrificio que hicimos, no me podés salir con esto.

Agostina —Guille, no sé si quiero ser modelo.

Guillermina —Sí sabés. Decís todo esto, para comerte sin culpa, un pedazo de chocolate más. (Agostina no contesta) Vení, parate. (Se paran las dos).

Agostina —¿Qué querés?

Guillermina —Desfilá.

Agostina —No, Guille, me duele todo el cuerpo. Me siento muy cansada.

Guillermina —Dale, nena. Vení. (La agarra y la lleva hasta un extremo del escenario). Caminá para allá, dale. (Agostina empieza a caminar lentamente. Sin fuerza. Llega hasta el otro extremo del escenario.) Volvé, ahora. Dale. (Agostina respira,

no tiene fuerzas. Empieza a sonar música de muy bajo. Agostina va tomando fuerzas. Empieza a caminar. La música sube. También empiezan a escucharse aplausos y gritos. Agostina comienza a desfilar como puede. Guillermina gritando entre la música y los gritos). ¡Ella es hermosa! ¡Es Agostina González! ¡Nuestra joven y preciosa modelo! ¡Luce un moderno repasador sobre su hombro! ¡Qué hermoso cuerpo! ¡Lleva puesta una musculosa última moda! ¡Es bellísima! (Cuando Agostina llega hasta Guillermina se desvanece y cae sobre ella. Guillermina la abraza para que no caiga al piso). ¿Y? ¿Querés ser modelo o no? (Agostina afirma con la cabeza). Viste, tontita. (La mira). Sos tan hermosa. Sos preciosa.

Agostina —Vos también, Guille.

Guillermina —Vas a ver. Todo el mundo nos va a adorar. Todas las mujeres del país van a querer ser como nosotras. ¿Entendés?

Agostina —Sí. ¿Nunca me vas a dejar sola?

Guillermina —No, mi amor, nunca.

Agostina —¿Me das más chocolate?

Guillermina —No puedo, mi amor. Tenemos que estar perfectas, si queremos ser modelos. Acordate que nos van a medir de los pies a la cabeza. No podemos tener ni medio kilo de más. ¿Entendé, Agos?

Agostina —Entiendo. (Guille la abraza fuertemente) ¿Cuánto falta?

Guillermina —Ya falta poco. Paciencia. (La ayuda a levantarse). Vení, levantate. Te juro, que a ese concurso, vamos a entrar; y una vez que estemos las dos adentro, vamos a ganar. Vas a ver, mi amor.

Agostina —Te quiero mucho, Guille. Estoy un poco mareada.

Guillermina —Ya falta poco. Aguantá.

Agostina —Me quiero pesar. (Guille la ayuda a ir hasta la balanza). ¿Cuánto peso?

Guillermina —48.

Agostina —No puedo pesar lo mismo. Si me comí el chocolate.

Guillermina —No sé. ¿Querés que lo vomitemos ahora para ver si llegás a 47?

Agostina —No. Todavía no quiero vomitar. Estoy muy mareada.

Guillermina —Yo necesito vomitar, no quiero que el chocolate se haga grasa. ¿Te puedo dejar sola un ratito?

Agostina —Sí, pero traeme algo para apoyarme. (Guillermina le trae la heladerita y luego va a hasta su balde y empieza a tratar de vomitar. Agostina no puede mantenerse en pie y se sienta sobre la balanza. Apoya sus brazos en la heladerita. Mira si Guillermina no la ve, y la abre. Mete la cabeza adentro sin dejar de estar sentada en la balanza. Comienza a masticar chocolate con la cabeza adentro de la heladera y comienza a ahogarse. Guillermina escucha algo).

Guillermina —¿Estás comiendo? (Ve que no responde). Sos boluda, nena, te dije que no comas. ¿Querés ser modelo o no? (Se acerca a Agostina y le levanta la cabeza. Agostina tiene un pedazo de chocolate en la boca y no respira). Te comiste mi chocolate. Ese era el mío, Agostina. No tenés derecho. (Se lo saca de la boca y lo come ella. Hablando con la boca llena). Es mío, entendiste. (Mirando el número de la balanza). Volviste a pesar 50. Ahora no te van a aceptar y nadie va a querer ser como vos. Pero a mí no me vas a cagar mi sueño. Yo voy a ir igual, sin vos. Yo voy a ser modelo. (Ve que no le contesta). Y después voy a aprender a bailar, así como en la televisión. ¿No pensás respirar vos? No vas a engordar por respirar, idiota. Respirá tranquila. (Ve que no reacciona). Respirá, te digo. ¿Nunca oíste hablar del peso muerto? Si hay algo que no necesitas, para ser modelo, es morirte. ¿Entendés? (Empieza a subir la música.) Respirá. (Intenta levantarla). Vení, desfilá,

baila, movete, dale. Vas a ser la mejor, siempre conmigo. Yo te voy a cuidar. No me podés dejar sola. (Gritando entre la música). ¡Agostina González! ¡La más hermosa! (Sube la música hasta tapar todo y Guillermina sigue gritando. Apagón).

Yoga... yoga... yoga

Zulma

Edna

Godachevich

(Se encuentra Helena, sentada en el medio del escenario, haciendo yoga con música. Suena el teléfono. Trata de no desconcentrarse. Sigue sonando. Por fin atiende Zulma, la empleada. Se escucha desde afuera del escenario).

Zulma —No, no. En este momento está en el baño. Sí, sí, llamelá en diez minutos. (Zulma corta. Helena intenta seguir concentrada en la música que induce a la relajación. Entra Zulma). Llamó de vuelta, señora. (Helena la mira sin dejar de rotar el cuello). Le dije que vuelva a llamar en diez minutos. (Helena se controla para no insultarla. Toma el control remoto y apaga la música) ¿Qué le digo si llama?

Edna —¿Adónde le dijiste que estaba?

Zulma —En el baño.

Edna —¿En el baño?

Zulma —Sí, en el baño.

Edna —¿Y qué le dijiste que estaba haciendo en el baño?

Zulma —No le dije.

Edna —Muy bien. Felicidades por tu muestra de decoro.

Zulma —Gracias, señora.

Edna —A ver. Te voy a hacer reflexionar un poquito.

Zulma —Disculpe, pero estaba cambiándole las piedritas a los gatos.

Edna — (Sin escucharla). ¿Vos tenés idea, que es lo que estaba haciendo yo, antes de que me interrumpieras?

Zulma —¿Moviendo el cuello?

Edna —Muy bien. Veo que podés identificar las partes del cuerpo. Muy, pero muy bien.

Zulma —También estaba... respirando de un modo raro.

Edna —Pero muy bien. Felicitaciones.

Zulma —Gracias.

Edna —¿Sabés que sos un hermoso animalito de Dios?

Zulma —¿Yo?

Edna —Sí, usted. Un animalito precioso. Y como a todos los animalitos... hay que educarlos.

Zulma —Sí, yo no puede terminar la escuela, éramos muchos hermanos... y la escuela quedaba lejos...

Edna — (Silenciándola). ¡Silencio! (Hace como que escucha el silencio y lo disfruta.) ¿No es hermoso el silencio? ¿No da paz?

Zulma —Sí. (Sigue con su anécdota) ...a veces dormíamos todos los hermanos juntos...

Edna — (Furiosa). ¡Sh! ¡Silencio! No se mueva. Quieta ahí. A ver... Lo que yo estaba haciendo se llama: Yoga. Repita conmigo. “Yoga”. Repita.

Zulma — “Yo-ga”

Edna — “¿Qué será el Yoga?” ...se debe estar preguntando su roñosa cabecita analfabeta... ¿No es así? (Helena no contesta).

Bueno. El yoga es una de las seis doctrinas tradicionales del hinduismo. ¿Comprende?

Zulma — (Que estuvo tratando de repetir la palabra para aprendérsela). “Yo-ga, yo-ga”

Edna —Bueno, veo que por lo menos, ha incorporado una palabra más a su escueto vocabulario. No sigamos adelante, porque tengo miedo que su cerebro se desborde, y caiga redonda al piso.

Zulma —Yoga... Yoga...

Edna — (Intentando retomar la conversación). Así que llamó de vuelta.

Zulma —Sí, llamó el... director. Ese... Godache...vinsky.

Edna —¡Cómo insiste! No se va a dar por vencido. Voy a tener que atenderlo para que desista.

Zulma —¿Quiere que le diga que está haciendo... (Piensa)... yoga?

Edna —No, mi querida. Esta vez lo voy a atender yo.

Zulma —Me han hablado maravillas de ese tal Judace...vinchi.

Edna —Ah... ¿sí? ¿Quién?

Zulma —En la peluquería.

Edna —¿Usted va a la peluquería?

Zulma —Sí, voy a juntar los pelos al final del día.

Edna —¿Y qué hace después? ¿Pelucas?

Zulma —No. Los pongo en una bolsa. Y después los acaricio antes de irme a dormir. Me hacen acordar al perrito que tuve de chica. Se llamaba Luisito.

Edna —¿Y qué es lo que decían en la peluquera de ese tal... (No le sale el apellido).

Zulma —Gordasevich.

Edna —Sí, como se llame. ¿Qué decían?

Zulma —Una de las mujeres, que estaba ahí sentada, haciéndose las uñas, decía que había ido a ver una obra de él, y que le había gustado mucho. Y también dijo... (Pensando)... que se había... reído.

Edna —¿Mucho?

Zulma —Sí, con la actriz rubia, más que nada.

Edna —¿Qué obra era?

Zulma — (Piensa). Mmmm... Recesiones... recicladas, creo que se llamaba.

Edna —¿Y qué cosas le habían gustado?

Zulma —Un momento que habla... sobre el producto ese para adelgazar que sale en la televisión. No me acuerdo como se llama.

Edna —Mirá vos. Así que es gracioso. Yo no estoy para la comedia. Quizá al principio de mi carrera..., pero ahora solo estoy para protagónicos trágicos. Solo interpretaré a mujeres pasionales... Lady Macbeth, Medea, o quizá Julieta.

Zulma —¿La del balcón?

Edna —Sí, esa. Mirá cómo sabe, el animalito de Dios.

Zulma —Sí, porque una hermanastra mía se llama Julieta.

Edna —¿Por el personaje de Shakespeare?

Zulma —Porque nació en un balcón.

Edna —¿En serio?

Zulma —Sí, los vecinos todavía recuerdan, cómo se balanceaba del cordón umbilical de un lado para el otro.

Edna —¡Qué agradable!

Zulma —Sí, la atajó el verdulero de abajo. (Piensa). Yo que usted agarro viaje con la obra de Godache...suich

Edna —¿Y qué conocimientos tiene usted de teatro, como para aconsejar a la mejor actriz de la ciudad? ¿Eh? (Suena el teléfono).

Zulma —Debe ser él.

Edna —Traeme el teléfono. (Zulma sale).

Zulma —Hola, sí, esta vez está... Sí, sí, ya salió del baño..., ya largó todo lo que había comido, sí, sí... lasañas... Ya le paso. (Entra con el teléfono). Tome, Godache... (Ya no sabe que decir) ...el director.

Edna —Hola. ¿Cómo le va querido mío? ¿Qué dice?

Godachevich —(Entra a escena dando a entender que está en otro espacio físico). Bien, bien...

Edna —Antes que nada, lo felicito por su éxito. Muy buena repercusión la de su obra... Recesiones recicladas...

Godachevich —Es Represiones recicladas.

Edna —Ah, Represiones recicladas. Me dijeron mal. (Intenta pegarle a Zulma).

Godachevich —Está bien, no importa.

Edna —Sí, me dijeron que me estaba buscando. Cuéntenme.

Godachevich —Sí, me gustaría que usted actúe para mí.

Edna —¿Quiére que yo trabaje en un espectáculo suyo?

Godachevich —En realidad no es un espectáculo.

Edna —Ah, no es un espectáculo... ¿Qué es? ¿Un unipersonal?

Godachevich —Es una muestra de taller

Edna —¿Una muestra de taller? ¿Digamé que me está cargando?

Por favor, digamé que es un chiste...

Godachevich —No, no tiene nada de malo una muestra de taller.

Edna —Pero mire si yo, la mejor actriz de la ciudad, va a actuar en una muestra de fin de año.

Godachevich —Pero es una muestra del taller de entrenamiento y formación actoral.

Edna —¿Y eso dónde queda?

Godachevich —Mitre y Lagos...

Edna —No conozco.

Godachevich — (Aconsejando gentil). Yo le recomendaría que actúe. Por su bien.

Edna —Aguarde un momento. Usted está absolutamente desquiciado.

Godachevich —Pero si hace años que no actúa en nada.

Edna —Ya sé, que hace años que no actúo. No es culpa mía, son los directores que no me ofrecen un buen papel...

Godachevich —Yo tengo un buen papel para usted

Edna —¿Usted? ¿Tiene un buen papel? ¿En serio?

Godachevich —Le juro que sí.

Edna —¿Sería la protagonista al menos?

Godachevich —No, no hay protagonistas.

Edna —Ah... ¿no? ¿Y cuál sería mi personaje?

Godachevich —De mendiga.

Edna —¿De mendiga? Qué horror. ¿Y cuánto aparecería?

Godachevich —Una sóla vez

Edna —¿Una sóla vez? Usted está completamente loco. Usted es un enfermo, un desquiciado. Le agradezco muchísimo por su ofrecimiento, pero se lo puede meter en el orto, pedazo de hijo de puta. Usted no tiene idea de quién soy yo.

Godachevich —Sí tengo que idea de quién es usted. Es una fracasada de mierda. Eso es lo que es usted, señora primera actriz. Vayasé a la concha de su madre, imbécil.

Edna — (Le cortan) Me insultó... Me insultó y me cortó. Zulma, Godachevich me cortó.

Zulma —¿Godachevich era? Creo que yo le decía otro nombre.

Edna — Me cortó a mí. A mí que soy una eminencia en esta ciudad. ¿Quién carajo se cree que es para decirme lo que me dijo?

Zulma — (Agarra el control remoto y enciende la música).

Yoga... Yoga... (Sigue repitiendo mientras se va).

Edna — (Se sienta lentamente y comienza a respirar y repite también). Yoga... Yoga... Yoga... ¡Pedazo de hijo de puta!... yoga... yoga... ¡Pero qué pedazo de hijo de puta!... yoga... yoga... (Gritando a un costado). ¡Zulma, averiguame donde carajo queda ese taller de mierda!... (respira). yoga... yoga.... Yoga.... ¡Pedazo de hijo de puta!